

*The Legacy of Egypt*. Edited by S. R. K. Glanville, Oxford, 1942.

Por mucho que el historiador se sumerja en el pasado y se identifique con él hasta la sustracción y el olvido del presente, su espíritu trabaja constantemente para encontrar allí un vínculo con su propio tiempo. En el historiador auténtico hay siempre un hilo de oro que enlaza las cosas de precio de su posesión actual con los viejos tesoros que pone al descubierto. A este alto sentido del menester histórico responden los *Legados*.

Lo que debemos a Grecia, Roma, Israel, la Edad Media, el Islam y la India, ha sido expuesto en otros tantos volúmenes siguiendo directivas que los enlaza en línea de unidad. *El legado del Egipto*, que ahora se añade a la serie, ha sido elaborado según lineamientos que responden al estado actual de la Egiptología, disciplina todavía demasiado joven como para haber trascendido de los círculos especializados y logrado ciudadanía en el mundo culto en general. Esa misma juventud afecta también a la Egiptología como posesión de los egiptólogos y en este hecho radican, sin duda, algunas de las limitaciones de la obra. ¿Cómo puede explicarse sino que se haya omitido en el *Legado* el tratamiento de la religión, a pesar de su hondo significado en los problemas de transmisión cultural? ¿Y cómo ese desajuste de algunos de los temas tratados con la calidad de legado que enuncia el título de la obra? El segundo capítulo (*The Political Approach to the Classical World*, de M. S. Drower) responde, en su desarrollo, demasiado formalmente al enunciado de su tema como para que la vinculación con el propósito general del libro resulte efectiva. Y el capítulo primero (*The Calendars and Cronology*, de J. W. S. Sewell) peca en el mismo sentido, pero por exceso, en cuanto concede lugar sobrado a las varias hipótesis que pueden servir para explicar los orígenes del calendario egipcio y poco para una exposición clara y metódica del "calendario y sistemas cronológicos" usados. Para más, las varias hipótesis que discute sólo están sucintamente presentadas y se vinculan con la convicción del autor de que "la ciencia que encontramos en la aurora de la historia no era una ciencia en pañales, sino los restos del saber de alguna grande civi-

lización no ubicada aún", pero que algunos americanistas identifican con la Atlántida.

El reproche por falta de ajuste afecta también al libro en otro sentido: los capítulos que tratan acerca de *Los papiros griegos*, *Egipto, Roma*, *La contribución egipcia al cristianismo*, *Egipto y el imperio bizantino*, *La contribución al Islám*, y el tratamiento de la legislación de los períodos romanos, bizantino, y copto (Cap. 8) responden menos a la idea de legado de la civilización egipcia, como genio y estilo propios, que a la concepción de lo que el Egipto ha conservado, como asiento y vehículo de valores culturales inmigrados que arraigaron con mayor o menor fuerza en el seno de esa tierra y ese pueblo.

Las partes fundamentales de la obra están, sin duda, en los trabajos de Gardiner (*Escritura y Literatura*, cap. 3), Capart (*Arte egipcio*, cap. 4), Engelbach (*Procedimientos mecánicos y técnicos, Materiales*, cap. 5), Sloley (*Ciencia*), Dawson (*Medicina*, cap. 7), Seidl (*Legislación*, cap. 8) y Oesterley (*Egipto e Israel*, cap. 9).

GARDINER estudia cuidadosamente el aporte egipcio al arte de escribir y especialmente a la formación del alfabeto. Su hipótesis evolutiva se basa en las inscripciones de Serabit el-Khâdim y se opone a la teoría de la invención pura sustentada por Bauer (*Ursprung des Alphabets*, 1937.) Su conclusión, en base a esa hipótesis, es que debemos a los egipcios, si no la idea de la escritura alfabética, por lo menos "el importantísimo descubrimiento de la posibilidad de la escritura fonética".

En lo que se refiere al legado egipcio en el orden literario, Gardiner se atiene a los testimonios precisos que poseemos de su transmisión por vía de los hebreos, en Proverbios, Salmos, Job, Eclesiastés, y otros libros, aunque admite y afirma en términos generales que el Egipto también ejerció influencia sobre la literatura griega.

Hay también en Gardiner una fina valoración del legado egipcio como resultado de la egiptología. *Las Aventuras de Sinhue* y la *Historia de Wenamon* son señaladas como obras literarias clásicas en el género del relato, y, en materia lírica, los himnos del rey hereje y los cantos de amor del papiro Chester Beatty.

De primer orden es el estudio de CAPART sobre el arte egipcio.

Un examen sucinto de las grandes realizaciones artísticas de los egipcios en los géneros mayores y menores le permite presentar al lector un cuadro de su diversidad y riqueza.

Capart nos conduce del dominio mortuorio de Zoser y las maravillas de las dinastías IV y V, a los tesoros de la isla de Fila, pasando por las espléndidas obras de Tebas y El Amarna, y despliega ante nuestra vista la fuerza creadora de la inspiración de los egipcios tal como se ha volcado, por las exigencias de su vida, en las vicisitudes de su historia.

Importantísimas son sus consideraciones acerca de los problemas que plantea la recta inteligencia del arte egipcio. Su punto de partida son las observaciones formuladas al respecto por Champollion en 1824: "Paréceme —decía Champollion— que toda la historia del arte egipcio está todavía por escribirse. Todo indica que nos hemos apresurado en exceso en la estimación de su técnica, la definición de sus métodos y, sobre todo, en la fijación de sus límites." Capart entiende que esas observaciones no han envejecido ni perdido su valor, y en consonancia con ellas señala nuevas directivas para el estudio de ese arte y aborda o sugiere finamente a la atención del estudioso cuestiones como las siguientes: la proporción en que se combinan el elemento tradicional (o académico) y el renovador (o revolucionario), el predominio de las solicitudes de la belleza presente en la vida diaria sobre las exigencias utilitarias, el valor absoluto del arte egipcio como expresión estética genuinamente egipcia en oposición a todo intento de esquema evolucionista, el impulso de la técnica artística egipcia en Asia y Europa transmitida como secreto de taller o como obra acabada.

Un trabajo valioso ha realizado ENGELBACH en el examen de los procedimientos mecánicos y técnicos del Antiguo Egipto.

Aprovechando en lo esencial las investigaciones de Lucas (*Ancient Egyptian Materials and Industries*, 1934) y la obra que escribió en colaboración con Somers Clark (*Ancient Egyptian Masonry*, 1930), Engelbach pone al día en clara exposición lo que se ha logrado saber acerca de la multitud de procedimientos técnicos puestos en juego por el inagotable ingenio práctico de los egipcios. Señala Engelbach que el adobe —cuyo uso alcanzó tanta boga en el mundo colonial hispano-americano— es producto originariamente egipcio; que la técnica del vidriado es antiquísima, pero la fabricación del vidrio no es anterior a la dinastía XVIII y el vidrio soplado sólo es conocido en el período romano. Del empleo del hierro, que no fuese meteórico, nos dice que no hay ejemplos ciertos anteriores a la dinastía XXV.

El ingenio desplegado por los egipcios para levantar las monumentales fábricas de sus construcciones es analizado por Engelbach partiendo de los implementos y procedimientos de que se valieron arquitectos y obreros: malecones de ripio, durmientes, barcas, alicates, cuerdas y poleas, rodantes, trineos, ascensores mediante embalses de agua, y muchos otros de varia naturaleza

Con la exactitud del conocedor que, sin establecer discriminaciones entre asuntos grandes y pequeños, se complace en la frecuentación de lo que se ha acostumbrado a mirar como suyo, examina Engelbach toda la gama de la actividad técnica del antiguo egipcio, desde el uso y las aplicaciones de los metales nobles hasta las industrias más comunes de las varias profesiones del Antiguo Egipto.

El estudio de SLOLEY sobre la ciencia egipcia está ceñido a la astronomía, la matemática y al sistema de pesas y medidas. Sloley reconoce a los egipcios la invención del sistema de decanos, que tuvieron en uso desde la III dinastía y que entremezclado con el zodíaco, de origen babilónico, fué incluido más tarde en el sistema estelar de los griegos.

El reloj de agua, con acomodación para la diversa extensión de las horas según las estaciones, sería también invención egipcia.

Que los egipcios conocían, además de las propiedades del triángulo, la raíz cuadrada, las ecuaciones de una sola incógnita, la relación de la circunferencia con el diámetro, la naturaleza de una serie geométrica, el volumen de la pirámide truncada, y quizás también la superficie del hemisferio, resultaría de la solución que dieron a los diversos problemas de orden práctico.

El autor pone, con toda razón, reservas a la difundida creencia en el maravilloso saber científico de los egipcios y al supuesto de que ese saber se ha perdido y se espera su recuperación. "No hay evidencia positiva de que existiera y la fe en su existencia no concuerda con lo que sabemos de la mentalidad de ese pueblo." Les reconoce, sin embargo, la calidad de pioneros de la ciencia: "Ellos echaron los fundamentos de las matemáticas y de la ciencia, y en los primeros tiempos de su historia hicieron progresos sorprendentes en la aplicación práctica de su saber siglos antes que los griegos iniciaran la teorización en todas las artes y las ciencias."

El saber egipcio sirvió de estímulo a la inventiva de los griegos: "Por los griegos el legado del Egipto fué transmitido al resto del mundo."

En un cuadro muy preciso nos presenta DAWSON los méritos del arte médico egipcio. La subsistencia en gran escala de los procedimientos mágicos no han impedido a los egipcios realizar progresos reales tanto en la terapéutica como en la cirugía y en el saber anatómico, fisiológico y patológico, antecedente indispensable de aquellas artes. Aunque sus conocimientos de anatomía fueron, por lo general, exactos, no parece que supieran diferenciar los sistemas nervioso, muscular y vascular. Nervios y músculos, arterias y venas, fueron considerados, en conjunto, como una vasta red ramificada por todo el cuerpo y vinculada en un solo sistema por el corazón. El sistema incluye como vehículos no sólo la sangre, sino también el aire, el agua, el mucus, el semen, y otras secreciones. El diagnóstico, con descripción de síntomas que lo justifican, que figura en algunos papiros (Ebers y de Kahún), aparece más claramente en su papel en la sistematización de los casos quirúrgicos del papiro Edwin Smith, donde a la enunciación del caso o título, siguen el examen o sintomatología, el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento.

El autor concluye que la farmacopea popular en boga en Europa

y Cercano Oriente, tiene su origen en Egipto y que también provienen de allí muchas de las drogas recogidas en la colección hipocrática o en las obras de Plinio, Dioscórides y Galeno; que de los egipcios datan las primeras observaciones de anatomía humana y comparada y experiencias en cirugía y farmacia, así como el primer vocabulario anatómico y médico, y que en esos progresos ha influido sobremanera la práctica de la momificación.

El estudio que dedica SEIDL al sistema legal egipcio no contiene una apreciación de los valores transmitidos, pero los materiales que ha reunido Seidl permiten establecer que la transmisión se ha operado en el régimen administrativo, y especialmente en la técnica impositiva, y en un plano más elevado, el ético, que fundamenta toda la vida jurídica, en el principio de igualdad, tan caro para la justicia egipcia que asentaba absolutamente en él su ejercicio, como lo denuncian los libros de sabiduría, las inscripciones biográficas, y, más concretamente que ellas, el discurso del monarca en ocasión de la investidura del visir. La concepción de la justicia como resultado de una lucha por el derecho también es genuinamente egipcia, como lo testimonia una nutrida literatura de orden mitológico una, popular otra, con disputas y combates que se cumplen ante tribunales divinos o humanos.

En el capítulo *Egipto e Israel* han sido reunidos por OESTERLEY, en un cuadro comprensivo, lleno de vida, los múltiples problemas que presenta el aporte cultural egipcio por vía de los hebreos. Oesterley presta atención especial a los fenómenos de flujo y reflujo cultural, pero en esas influencias recíprocas reconoce primacía y calidad dominante a los productos de la civilización egipcia, más viejos y de estilo más firme.

La influencia prevalente en Palestina de ideas religiosas egipcias es un hecho demostrado, y Oesterley adhiere, sobre el particular, a los puntos de vista expuestos por S. A. Cook (*Camb. Anc. History*, II, pág. 345; y *The Religion of Ancient Palestine in the Light of Archaeology*, pág. 125, 1930.) Pero lo que sugiere acerca del origen egipcio del culto del becerro de oro, paréceme erróneo frente a los descubrimientos de Ras Shamra, que han revelado la adoración en Canaán, desde alta antigüedad, tanto del toro El (*Sr-El*) como del Baal *agl*, becerro o toro joven (Dussaud ha identificado al Baal *agl* con Hadad: *Les combats sanglants d' Anat*, en *Revue de l'Histoire des Religions*, Sept.-Decemb., 1938.) Por otra parte, el becerro de oro de la tradición hebrea es una estatua de fundición, y no una figura cuya cabeza, cuello y cuernos están recubiertos de oro al modo de la vaca Hathor, como pretende Oesterley. Todo lo cual no impide que en la concepción del becerro de oro hebreo, interviniesen elementos sincréticos de la religión egipcia.

En lo que se refiere al arte poético, Oesterley se inclina a creer que los poetas hebreos habían adoptado, en cierta medida, modelos egipcios para estructurar la forma de sus composiciones. Pero el pa-

ralelismo de los miembros y la anadiplosis, el uso de la aliteración y de la paronimia, que ocurre en ambas literaturas, no son suficientes para sostener que la composición literaria hebrea deriva de la egipcia. Esos procedimientos están íntimamente ligados a la composición poética de los hebreos, y con caracteres iguales se los encuentra en los textos literarios de Ras Shamra, a tal punto que parecen creaciones del genio lingüístico de esos pueblos. Sin excluir la influencia que corresponde reconocer, en general, a la técnica literaria más vieja de los egipcios, la similitud de recursos en la construcción poética de hebreos y egipcios puede explicarse por el fondo semítico común de la lengua de ambos pueblos.

Donde aparece clara e indiscutida la influencia egipcia es en el *contenido* de los textos literarios hebreos: en los Salmos numerosos versículos son derivados de himnos egipcios; en el libro de Proverbios, en los versículos XXII, 7-XXIII, 14, se repiten las sentencias de la Enseñanza de Amenemope.

Tal es en líneas generales el contenido fundamental del *Legacy of Egypt*. Si como señala Glanville en la Introducción, El legado del Egipto puede compendiarse en la palabra Egiptología, el mérito principal del libro está en que ofrece al hombre culto en general y al estudioso una aproximación segura y fiel a los dominios del saber egiptológico.

ABRAHAM ROSENVÁSSER.

INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales de los Incas*. Edición al cuidado de Ángel Rosenblat. Prólogo de Ricardo Rojas. Con un glosario de voces indígenas. Buenos Aires, Emecé Editores, 1943, 2 tomos.

INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Historia General del Perú* (segunda parte de los *Comentarios Reales de los Incas*). Edición al cuidado de Ángel Rosenblat. Elogio del autor y examen de la Segunda parte de los *Comentarios Reales*, por José de la Riva Agüero. Con un glosario de voces indígenas, un índice de nombres y materias y un mapa del Imperio Incaico y de la conquista española. Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, 3 tomos.

Acaba de aparecer en Buenos Aires la *Historia General del Perú*, del Inca Garcilaso de la Vega, con lo que viene a completarse esta obra, cuya primera parte, *Comentarios Reales de los Incas*, fuera publicada en el año 1943.

De entre la copiosa producción editorial argentina que se registra desde hace algunos años, suelen señalarse de tiempo en tiempo algunas publicaciones que constituyen un verdadero acontecimiento para el mundo de las letras. Tal es el caso que nos ocupa. Trátase